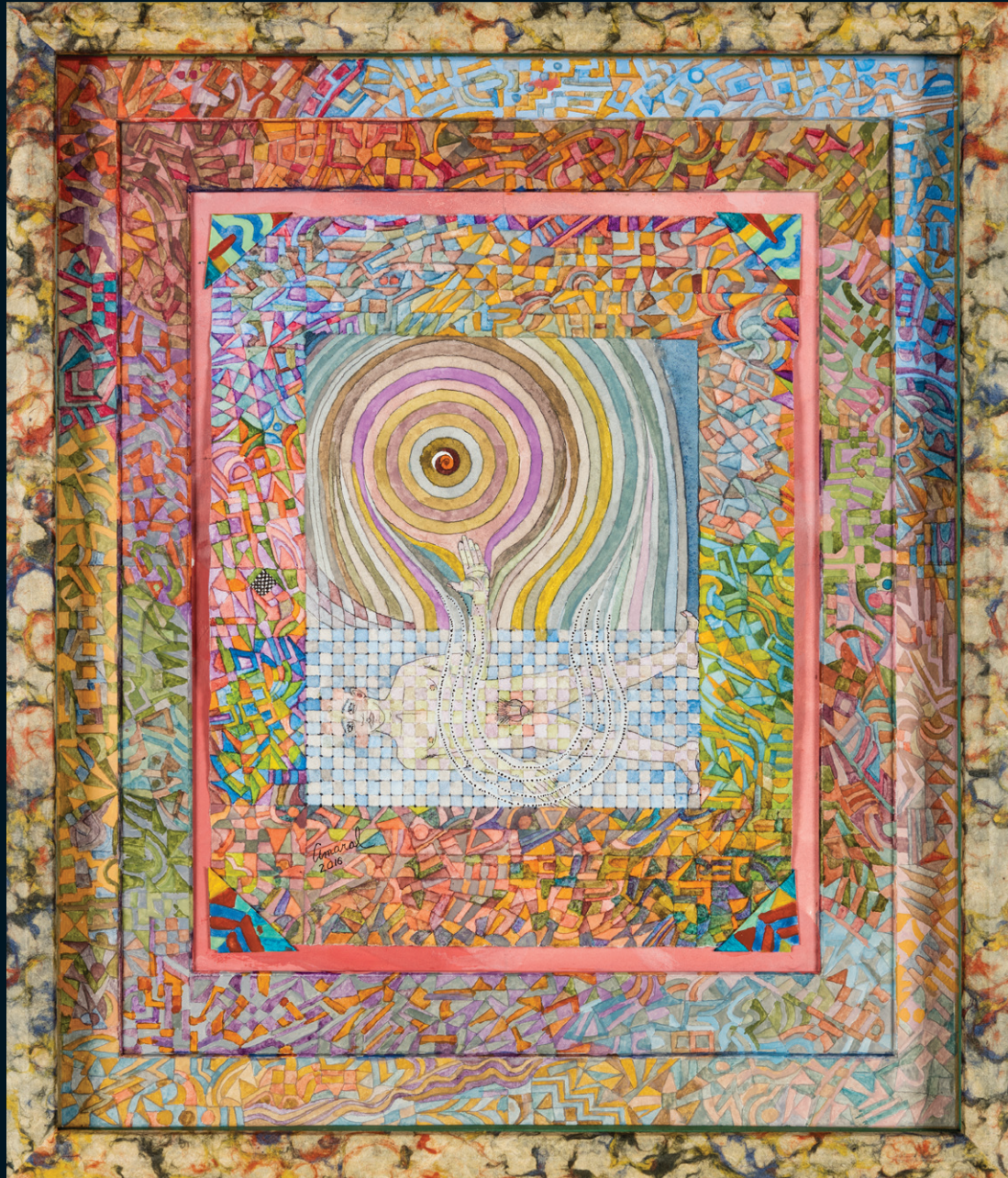


VI. RESEÑAS



© Jim Amaral | Vigilante lunar 13: guerrera | 1998 | 198×64×81 cm | Bronce | Fotografía: archivo del artista



© Jim Amaral | Caleidoscopio, manuscrito imaginario: pensando en círculos concéntricos | 2016
| 30×21 cm, 49×42 cm con marco | Lápiz y acuarela sobre papel | Fotografía: Diego Amaral Ceballos

La edad de la ira

IVÁN HERNÁNDEZ*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

Mishra, Pankaj. *La edad de la ira. Una historia del presente*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012. 325 páginas.

El 26 de mayo del 2014, el sexagenario Narendra Modi celebraba su ascenso como primer ministro de India tras la victoria de su partido, el Bharatiya Janata Party. Con él, el nacionalismo hindú se había hecho con el poder ejecutivo luego de haber logrado la mayoría absoluta en el parlamento; tras él, una estela de persecución a las minorías, represión y muerte se desató bajo la proclama de un “hinduismo puro”. Sin embargo, lo que ocupa las portadas de los diarios de los principales medios es el significativo repunte económico de India, con un crecimiento y una expansión superiores incluso a los de China. La demagogia del nacionalismo hindú supo seducir a su electorado, ya desde los tiempos en que Modi fuera Ministro Jefe del Estado de Guyarat, con un peligroso cóctel que mezclaba altos niveles de crecimiento económico con una actitud permisiva ante los brotes de violencia que atestaban radicales seguidores del partido a minorías que eran vistas como enemigos del progreso y del “verdadero” pueblo indio.

* e-mail: mr.buma@gmail.com

CÓMO CITAR: Hernández, Iván. “La edad de la ira (reseña)”. *Desde el Jardín de Freud* 19 (2019): 319-321, doi: 10.15446/djf.n19.76728

© Obra plástica: Jim Amaral

Es en el contexto de este ascenso al poder del nacionalismo hindú que el ensayista y novelista indio Pankaj Mishra (Uttar Pradesh, 1969) empieza a concebir *La edad de la ira*, un extenso ensayo en el que el autor intenta descifrar las lógicas que subyacen a la emergencia de movimientos populistas que, incluso abiertamente, enarbolan discursos de odio y legitiman la violencia sobre grupos sociales —por lo general minoritarios— en la época actual. En el prefacio a su obra, Mishra declara que terminó de escribirla la semana en que los ingleses salieron a votar por el *Brexit*, y que fue a la imprenta la semana en que Donald Trump fue elegido presidente. En la base de estos últimos acontecimientos, a juicio del autor, se encuentra cierta disposición anímica y emocional que permite entender no solo fenómenos antecedentes, como puede ser el ascenso de los totalitarismos en la Europa de la primera mitad del siglo XX, sino también aquellos que son aparentemente distantes e incluso antitéticos, como el Estado Islámico (DAESH) o Boko Haram en Nigeria y sus países aledaños.

Resulta claro que a partir de los atentados del 11 de septiembre del 2001 en Estados Unidos se puso en marcha una reconfiguración del juego geopolítico liderada por la lucha contra el terrorismo. Después de los atentados, tomó fuerza —hasta hacerse hegemónica— la teoría del choque de civilizaciones, para dar cuenta de la exacerbación de la violencia de la que había sido testigo el mundo entero gracias a las imágenes en directo de la CNN. Desde la comodidad de

sus *think tanks* y sus escritorios académicos, proliferaron las explicaciones de “especialistas” en temas y problemas de Oriente medio que reducían esta violencia y el odio que expresaba al lugar común del conflicto Oriente vs. Occidente, fanatismo vs. racionalidad. Pero no solo los pseudointelectuales —como los llama Mishra— sino en especial los líderes de las potencias occidentales, seguros como continúan estando de los enormes logros de su modernidad, basaron su contraofensiva en una defensa de la libertad y de la democracia como pilares de la civilización que los extremistas islámicos anhelaban derrumbar; porque, en últimas, pareciera que el odio a Occidente fuera, sin más, un odio a la civilización.

La obra de Mishra se presenta en abierta contradicción con la teoría del choque de las civilizaciones, proponiendo una tesis inquietante, aunque no del todo original: la crisis global a la que asistimos en nuestro presente no encuentra su explicación en el extremismo religioso del mundo musulmán, sino en las mismas líneas de fuerza que acompañaron el surgimiento de la economía capitalista industrial en la Europa del siglo XIX, y que trajeron consigo graves dislocaciones sociales, desajustes económicos y convulsiones políticas, que desembocaron en dos guerras mundiales, regímenes totalitarios y genocidios. En síntesis, el ensayo de Mishra se propone sustentar que una vasta extensión de territorios en Asia y África, que entraron en contacto con los procesos de modernización vía el imperialismo europeo, están en la actualidad “hundiéndose cada vez más en la fatídica experiencia occidental de dicha modernidad”.

Si bien aquello que llamamos “modernidad” soporta el plural —haciendo posible hablar de distintos procesos de modernización y, en ese sentido, de diversas *modernidades*—, resulta evidente que el gran relato de la modernidad fue construido en el seno de la Europa central bajo la pluma de los filósofos de la Ilustración. Es la idea de una historia que siempre avanza hacia lo mejor, del progreso prometido por la realización de la libertad individual en los asuntos económicos bajo la sola guía de la razón, de la industrialización y el avance

científico y tecnológico; el ideal de una sociedad enteramente emancipada de los antiguos modelos políticos y sociales, herederos de una larga tradición que hundía sus raíces en la religión; aquella idea de inevitabilidad, de necesidad histórica que traía aparejado el modelo económico capitalista desde su germen en el siglo XVIII. Todo lo anterior, con relativa independencia de las formas concretas en que se realizó en cada espacio geográfico, constituye el núcleo duro de aquella diversidad de experiencias que hasta nuestros días subsumimos bajo el nombre de *modernidad*. Y es precisamente ahí donde Mishra dirige toda su agudeza para desvelar, no solo las contradicciones intrínsecas del proyecto moderno, sino, sobre todo, los seísmos y las fracturas que atraviesan a los sujetos y las sociedades que son alcanzadas por la experiencia de dicha modernidad; en particular aquellos que hemos llegado a esta experiencia de manera rezagada y periférica, como los territorios de África, buena parte de Asia e incluso América Latina.

Mishra vuelve al siglo XIX en una sagaz apuesta por tratar de descifrar, en el caos y los conflictos que generaron los procesos de modernización en Europa central, aquello que puede dar cuenta de nuestra propia edad de la ira. Para ello el autor considera imprescindible tomar distancia del relato moderno ilustrado, responsable de construir una historia aséptica de lo que significó para Europa misma su entrada en la modernidad, y en su lugar entrar a considerar la proletarianización a la que fueron sometidos amplios segmentos de la sociedad para favorecer la acumulación de riqueza de unos cuantos; el fracaso de una sociedad fundamentada en los principios de una libertad individual concebida, ante todo, como libertad económica, la cual resquebrajó toda idea de solidaridad social y sembró en los individuos la competencia como única forma de relación; la violencia validada por movimientos tales como el anarquismo, que se imponía como horizonte la destrucción de la sociedad apenas naciente; el racismo científico, el nacionalismo jingoísta y el imperialismo, por nombrar solo algunas de las ideologías que fluyeron durante el siglo XIX y

que vinieron a cristalizarse en los totalitarismos del siglo xx. El fracaso del proyecto moderno no debe verse entonces en las supuestas modernidades imperfectas de los territorios que constituyen la periferia de la Europa atlántica; la exclusión, la violencia y el odio han emanado desde el corazón mismo de la modernidad y, a juicio de Mishra, lo que vemos en nuestra edad de la ira es la aún incipiente realización mimética de este proyecto con una peligrosidad aún más difusa y menos previsible que la ya vivida por las sociedades europeas en los dos siglos anteriores.

La idea de que el proyecto moderno occidental conlleva una violencia esencial no es del todo novedosa. Ya Enrique Dussel, por nombrar a uno entre muchos autores, había denunciado que el *ego cogito* (Yo pienso) moderno fue anticipado en más de un siglo por el *ego conquiro* (Yo conquisto) del hispano-lusitano, que impuso su voluntad de manera sangrienta sobre los nativos americanos. La modernidad, en calidad de experiencia occidental que se ofrece como paradigma de la civilización, contiene en su seno una voluntad de poder y dominación que instaura al otro solo como objeto a ser negado, excluido y, eventualmente, eliminado. Y esto es así en la medida en que, obsesionada como está nuestra época en la defensa de las libertades individuales, no da cabida a ninguna experiencia del ser con otros, de una auténtica solidaridad, de un lazo que humanice nuestra relación con el otro. En este sentido, Mishra recupera la noción arendtiana de “solidaridad negativa” para dar cuenta del tenor anímico de nuestra época. En *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt señala que los regímenes totalitarios solo son posibles teniendo como base una “sociedad de masas”, y que esta, a su vez, es aquella constituida solo por la fuerza del número; una aglomeración de individuos que experimentan en sí mismos una ausencia total de sentido y una incapacidad radical de

construir una organización basada en el bien común. Las masas están compuestas de individuos que han vivido en carne propia el fracaso y la decepción, excluidos de los frutos gloriosos y realizadores del progreso moderno. Desde el profundo aislamiento y resentimiento en el que los somete su sentimiento de fracaso, estos individuos encuentran en los líderes demagógicos ese *uno* que promete la restauración de una identidad que ha devenido demasiado frágil para sostenerse en sí misma. Por eso la sociedad de masas es, al mismo tiempo, la *sociedad de Uno* —como lo señala Freud en “Psicología de las masas” (1921)—, y en una sociedad de este tipo no puede hablarse más que de una “solidaridad negativa”, en la que la reflexión ha sido sustituida por el resentimiento y cada ser humano ha devenido solo un lugar de realización de la gran maquinaria que entreteje el *uno*.

Podríamos afirmar, para dar conclusión a esta reseña, que el ensayo de Mishra apunta a discernir el estado de ánimo que subyace a nuestra época actual. Más que el debate de las ideologías, la obra del ensayista indio nos permite atisbar que el núcleo de lo que él llama la “guerra civil global” reside en la forma en que, sistemáticamente, la experiencia de la modernidad ha conducido a una gran parte de la población mundial —significativamente a los más jóvenes— a una situación de exclusión que ha generado un profundo resentimiento y deseo de venganza frente a aquellos que han sido beneficiados por la economía capitalista global. Sin embargo, las demagogias populistas que han surgido en las últimas décadas han logrado capitalizar este malestar para orientar la violencia y el odio hacia los más vulnerables en cada una de sus sociedades. Los excluidos entre los excluidos continúan siendo el objeto de odio predilecto en una modernidad global de la que aún somos incapaces de anticipar cuál será su porvenir.